Domingo 11 del Tiempo Ordinario B - Iglesia del Hogar

Introducción a las lecturas del domingo

Primera Lectura: Ez 17, 22-24

Muchas veces, leyendo pasajes del Antiguo Testamento, nos quedamos como rumiando acerca del sentido del pasaje. Tengamos presente que la primera lectura de los domingos del tiempo ordinario del año litúrgico quieren ser como una “profecía”, “pre anuncio” de lo que enseña el Evangelio. Éste pasaje del profeta Ezequiel resume en pocas palabras la historia de salvación que Dios ha realizado con el pueblo de Israel: ha liberado un pueblo de esclavos y lo ha guiado a la tierra prometida donde ha podido crecer como un árbol frondoso. Pero también podemos aplicar esta lectura a la propia persona. Dios nos ha elegido y los ha “plantado” en esta nuestra historia y hemos podido crecer. Ojalá seamos uno de los árboles humillados.

Segunda Lectura: 2 Cor 5, 6-10

Quizás en algunos momentos de nuestra vida hemos deseado de ser otra persona y hasta hemos deseado poder morir para que se acabe el sufrimiento. San Pablo solamente tiene un sufrimiento: el de no estar tanto al Señor. No desea escapar al sufrimiento. Ojalá podamos sentir las mismas emociones y sentimientos de San Pablo. Lo que verdaderamente debería interesarnos es agradar a Dios. Que la última frase del pasaje de la carta paulina los empuje en esa dirección.

Evangelio: Mc 4, 26-34

Las parábolas que nos relata Jesús tienen una sola finalidad: que aprendamos cómo comprender y vivir la maravillosa realidad del reino de Dios. A lo mejor necesitamos entender lo que significa la expresión “reino de Dios”. Tenemos que recordar que los judíos por respeto y reverencia a la majestad divina solían sustituir la alusión directa a “Dios” con otras expresiones como “el Nombre”, “el Señor”, etc. La expresión “el reino de Dios” desea describir la acción amorosa, salvadora y magistral de Dios. Con cada una de nosotros está actuando el Señor también a través de este Evangelio.

Reflexionemos los padres

Sembrar para cosechar

Una mujer soñó que estaba en una tienda recién inaugurada y para su sorpresa, descubrió que unos ángeles se encontraban tras el mostrador. - ¿Qué venden aquí?, les preguntó. -Todo lo que tu corazón desee, respondieron los ángeles. Medio dudando, se decidió a pedir lo mejor que un ser humano podría desear. -Deseo paz, amor, felicidad, sabiduría... Tras un instante de vacilación, añadió: -No sólo para mí, sino para todo el mundo... Después de un momento, los ángeles le entregaron una pequeña bolsita. Ella dijo:-¿Eso sirve para todo el mundo? Los ángeles se sonrieron y le dijeron: -Creo que no nos has comprendido. Aquí no vendemos los frutos, aquí únicamente vendemos semillas. Ahora escucha: Para sembrar una planta hay necesidad de romper primero la capa endurecida de tierra y abrir los surcos; luego, desmenuzar y aflojar los trozos que aún permanecen apelmazados, para que la semilla pueda penetrar, regando abundantemente para conservar el suelo húmedo y entonces... -¡Esperar con paciencia hasta que germinen y crezcan!

En la misma forma en que procedemos con la naturaleza hay que trabajar con el corazón humano, "roturando" la costra de la indiferencia que la rutina ha formado, removiendo los trozos de un egoísmo mal entendido, desmenuzándolos en pequeños trozos de gestos amables, palabras cálidas y generosas, hasta que con soltura, permitan acoger las semillas que diariamente podemos solicitar "gratis" en el almacén de Dios, porque EL mantiene su supermercado en promoción. Son semillas que hay que cuidar con dedicación y esmero y regarlas con sudor, lágrimas y a veces hasta con sangre, como regó Dios nuestra redención y como tantos han dado su vida y su sangre por otros, en un trabajo de fe y esperanza, de perseverante esfuerzo, mientras los frágiles retoños, se van transformando en plantas firmes capaces de dar los frutos anhelados...

Reflexionemos, pues, acerca de las semillas que hemos recibido de Dios y como “cuidarlos” para que Dios puede hacerlos crecer.

Reflexionemos con los hijos

Podemos contarles la anécdota anterior y luego reflexionar con ellos acerca de qué semillas Dios nos ha regalado y como “cuidarlos” para que Dios puede hacerlos crecer.

Conexión eucarística

Una de las semillas más preciosas que Dios nos está regalando continuamente es la celebración de la Santa Misa. Por medio de su palabra y por medio de la eucaristía Dios quiera hacer crecer en nuestro corazón y el de todos los creyentes el reino de Dios: la presencia de la Santísima Trinidad en nuestra vida.

Vivencia familiar

Hay familias que consiguen unos granos de mostaza y le proporcionan a cada miembro un masetero con un poco de tierra. Cada uno siembra sus granos y los cuida. El masetero lleva como inscripción una pregunta: “¿Estoy creciendo yo también? ¿Estoy cuidando la semilla de Dios?”

Nos habla la Iglesia

[… El hombre con su trabajo] cumple personalmente el plan mismo de Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos, de someter la tierra y perfeccionar la creación (57)… Los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón puede pensar que con su trabajo desarrollan la obra del creador (34a). Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo así la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo (34). Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre en la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación (13). (Vaticano II, Constitución Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual).

Leamos la Biblia con la Iglesia

Lunes: I. 2 Corintios 6, 1-10; II. 1 Reyes 21, 1-16; Mateo 5, 38-42

Martes: I. 2 Corintios 8, 1-9; II. 1 Reyes 21, 17-29; Mateo 5, 43-48

Miércoles: I. 2 Corintios 9, 6-11; II. 1 Reyes 21, 6-14; Mateo 6,1-6.16-18

Jueves: I. 2 Corintios 11, 1-11; II. Sirácida 48, 1-14; Mateo 6, 7-15

Viernes: I. 2 Corintios 11, 18.21b-30; II. 2 Reyes 11, 1-4.9-18.20; Mateo 6, 19-23

Sábado: I. 2 Corintios 12,1-10; II. 2 Crónicas 24, 17-25; Mateo 6, 24-34.

Oraciones

**Señor, Creo en Tí**

Oraciones Catolicas

*Cuando llegan las dificultades y las pruebas, en los momentos de angustia, de duda o enfermedad; es bueno decir al Señor, que seguimos creyendo en Él.*

Señor, Tu siempre me has dado
la fuerza necesaria,
y aunque me sienta débil;
Creo en Ti.

Señor, Tu siempre me has dado
la paz de cada día,
y aunque esté angustiado;
Creo en Tí.

Señor, Tu siempre me has
guardado en la prueba,
y aunque estoy en ella;
Creo en Tí.

Señor, Tu siempre has
iluminado mis tinieblas;
y aunque no tengo luz,

**Oración a Dios**

Dios, dame el día de hoy fe para seguir adelante,

Dame grandeza de espíritu para perdonar

Dame paciencia para comprender y esperar

Dame voluntad para no caer

Dame fuerza para levantarme si caído estoy

Dame amor para dar

Dame lo que necesito y no lo que quiero

Dame elocuencia para decir lo que debo decir

Haz que yo sea el mejor ejemplo para mis hijos

Haz que yo sea el mejor amigo de mis amigos

Haz de mi un instrumento de tu voluntad

Hazme fuerte para recibir los golpes que me da la vida

Déjame saber que es lo que tu quieres de mi

Déjame tu paz para que la comparta con quien no la tenga

Por último, anda conmigo y déjame saber que así es.

Amén

* **Dios, la única esperanza**
* “Sólo en Dios encuentro descanso,
de él viene mi salvación;
sólo él mi roca, mi salvación,
mi baluarte; no vacilaré.
Sólo en Dios descansaré,
de él viene mi esperanza,
sólo él mi roca, mi salvación,
mi baluarte; no vacilaré.
En Dios está mi salvación y mi honor,
Dios es mi roca firme y mi refugio.
Confiad siempre en él, pueblo suyo;
presentad ante él vuestros anhelos.
¡Dios es nuestro refugio!”
*Del Salmo 61*

**ORACION**

Recibe, Señor
Recibe, Señor, nuestros miedos
y transfórmalos en confianza.
Recibe, Señor, nuestro sufrimiento
y transfórmalo en crecimiento.
Recibe, Señor, nuestro silencio
y transfórmalo en adoración.
Recibe, Señor, nuestras crisis
y transfórmalas en madurez.
Recibe, Señor, nuestras lágrimas
y transfórmalas en plegaria.
Recibe, Señor, nuestra ira
y transfórmala en intimidad.
Recibe, Señor, nuestro desánimo
y transfórmalo en fe.
Recibe, Señor, nuestra soledad
y transfórmala en contemplación.
Recibe, Señor, nuestras amarguras
y transfórmalas en paz del alma.
Recibe, Señor, nuestra espera
y transfórmala en esperanza.
Recibe, Señor, nuestra muerte
y transfórmala en resurrección.
Amén.